

que me abordó me preguntó cómo me había ido con mi ninfa en casa de Doña Ines. No sé qué demonios (le respondí) enemigo de mis gustos, me viene á echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras estaba á solas con ella instando y suplicando llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve Barrabas. Me fue preciso pensar en el modo de retirarme prontamente. Salí por una puerta excusada dando mil veces al diablo al grandísimo impertinente que viene siempre á descomponer mis medidas. A la verdad lo siento (repuso Don Baltasar, alegrísimo en lo interior de verme tan desazonado). Ese es un marido importuno, que no merece quartel. ¡Oh! en quanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche pasará por las baquetas su honor. Su muger, al separarnos, me dixo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas, que prosiguiese en visitar sus ventanas á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dexase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que qualquiera lance me hallase bien prevenido. ¡O qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ¡O querido amigo, (reliqué yo fuera de mí de puro gozo, y echándole los brazos al cuello) y de cuántas finezas no os soy deudor! Aun haré mas por vos, repuso él. Yo conozco á un mozo que es un Alexan-

xan-

xandro, éste será tambien de la partida, y con tal escolta podreis divertirlos á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para explicar mi reconocimiento á los favores de aquel nuevo amigo, tan encantado me tenia su zelo. Acepté en fin el socorro que me ofrecía, y dándonos el santo para cerca del balcon de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fue á buscar á su cuñado, que era el Alexandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el qual aunque no menos admirado que yo del ardor con que Don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red cómo yo habia caído, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sinceridad de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podía perdonar á unos hombres como nosotros. Quando me pareció que era hora de presentarme á las ventanas de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ellas bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pie firme. Llegóse á mí Don Baltasar y me dixo: este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre Vmd. en casa de su dama, y disfrute su dicha sin cuidado ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos llamé á la puerta de mi ninfa. Vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pa-

sa-

saba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los dos traidores que me habian seguido hasta dentro de la casa, habian entrado en ella tan atropelladamente, y habian cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se habia quedado en la calle. Descubriéronse, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Era menester discurrir poco y obrar mucho. Cargáronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, yo les correspondí con tal denuedo, que en pocos instantes les hice descubrir mucha tierra. Diles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido, y el cuñado viéndole fuera de combate tomó la puerta, que Violante y la dueña habian dexado abierta al escaparse mientras nosotros reñiamos. Fuíle siguiendo hasta la calle, donde encontré á Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mugeres que vió iban huyendo, estaba pasmado sin saber á que atribuir aquella fuga, ni el rumor que habia oido. Restituímonos á la posada, y recogiendo de prisa lo mejor que teniamos, montamos en nuestras mulas, y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el negocio era de peligrosas consecuencias, y que se harian en Toledo tales pesquisas que seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos

no-

noche en Villarrubia, apeándonos en un meson, donde poco despues entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve. Cenamos todos juntos, y él nos contó el trágico suceso que la noche precedente habia acaecido al marido de Violante, mostrándose tan léxos de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos decia, el suceso le supe esta mañana quando iba á montar á caballo. Con que solo entendí que no se sabia donde habia ido á parar Doña Violante, se hacian grandes diligencias para encontrarla; y siendo el Corregidor pariente de Don Baltasar estaba resuelto á no perdonar á medio ni gasto alguno para descubrir los autores del homicidio.

Nada me espantaron las pesquisas del Corregidor de Toledo. Sin embargo, tomé desde luego la resolución de salir quanto antes de Castilla la Nueva, considerando que si encontraban á Violante confesaria quanto habia pasado, y daria tales señas de mi persona, que la Justicia despacharia luego varias gentes en seguimiento de ella. En virtud de estas razones determinamos derviarnos de todo camino real desde el dia siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas extraviadas por donde podiamos entrar con seguridad en Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca nos metimos en las montañas que están antes de llegar á la ciudad, y por senderos des-

TOMO II.

II

CO-

conocidos al comun, pero muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenia toda la apariencia de hermita. Con efecto era la misma donde ayer noche llegaron ustedes á pedirme que los recogiese.

Mientras yo me estaba recreando con la vista de aquellos contornos que me representaban un país deliciosísimo, me dixo mi compañero: seis años há que pasando yo por aquí me hospedó caritativamente en esta hermita un viejo y venerable hermitaño. Repartió conmigo los escasos víveres que tenia. Era un santo varon, y me dixo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para desprenderme del mundo. Acaso vivirá todavía, y quiero ver si es asi. Diciendo esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la hermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome: apeaos, Don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy raro. Eché pié á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un arbol seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré y ví tendido en un pobre gergon á un viejo anacoreta pálido, consumido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y tan larga, que le llegaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho: tenia las manos puestas en cruz, y en ellas un gran rosario. Al ruido que hicimos quando nos acercamos á él entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y mirándonos con languidez un momento: *hermanos míos,*

nos dixo con vos desmayada y confusa, *¡seais quienes fuereis, aprovechaos del espectáculo que se presenta á vuestros ojos. Quarenta años viví en el mundo, y sesenta en el desierto. ¡Ah, y qué largo me parece ahora el tiempo que dedi-qué á mis deleytes, y qué corto el que consagré á la penitencia! ¡O gran Dios! Temo mucho que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para satisfacer los pecados del licenciado Don Juan de Solis.*

Apenas dixo estas palabras quando espiró. Quedamos los dos atónitos á vista de su muerte. Semejantes objetos siempre hacen impresion hasta en los mas desalmados. Duró poco nuestra conmocion; porque olvidamos presto lo que acabábamos de oír, y comenzamos á hacer inventario de todo lo que habia en la hermita. No tardamos mucho tiempo en hacerle, puesto que todos los muebles consistian en lo que habeis visto en ella. No solo la tenia el hermano Juan poco alhajada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducian á algunas pocas nueces medio podridas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que dificilmente podrian deshacer las despobladas encias del santo varon. Una cosa nos dió mas golpe, y no dexamos de extrañarla mucho. Hallamos un papel cerrado como una carta, que el difunto habia dexado sobre la mesa, en la qual encargaba á quien le leyese, que llevase su rosario y sus sandalias al Obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con

qué intencion habia podido aquella buena alma desear que se hiciese á su Obispo semejante regalo. Olíanos un poco á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. ¿Pero quién sabe si solo fué un si es ó no es de tontería? El hecho es que no nos atrevemos á decidir este punto.

Hablando de ello Lamela y yo le ocurrió á aquel un extraño pensamiento. Quedémonos, me dixo, en esta hermita: disfracémonos en hermitaños. Enterrémos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo con el nombre del hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estaremos á cubierto de las pesquisas del Corregidor de Toledo, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasaremos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la Ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de fantasía, y por hacer algun papel en una que se me figuraba como pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura á treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella al hermano Juan despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, despues de los funerales tomamos posesion de la hermita.

Pasámoslo muy mal el primer dia, viéndonos

nos precisados á mantenernos solamente con la triste provision que nos habia dexado el difunto; pero el dia siguiente ántes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Traxo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roxa de crines, la que se supo acomodar con tal arte que parecia natural. No hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Formó y textió tambien la barba del hermano Juan: ajustómela á la cara, y metióme en la cabeza un gran gorro de lana obscura, que contribuia mucho á cubrir el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro perfectísimo disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipage de manera que no podiamos mirarnos sin que nos retozase la risa, viéndonos en un traje que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias, alhajas que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al Obispo de Cuenca.

Pasáronse tres dias de nuestro hermitañoismo sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al quarto entraron en la gruta dos paisanos. Traian al difunto (creyendo que estuviere vivo y sano) pan, queso y piñones. Luego que los ví me eché sobre mi tarima, y me fue facil alucinarlos. Fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de la hermita-

mita, procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras había oído; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella supercheria. Solo mostraron alguna admiración de hallarse en la gruta con otro hermitaño además del hermano Juan. Pero advirtiéndolo el socarrón de Lamela, les dixo con cierto ayre hipocritón, no os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una hermita de Aragon, y la dexé por venir á hacer compañía al venerable hermano Juan para asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los inocentes labradores prorumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el Cielo su heroica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos grandes santos en su país.

Había comprado Lamela unas grandes alforjas de tela blanca, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la quèsta en la Ciudad de Cuenca, que solo dista una corta legua de la hermita. Como la naturaleza le había dotado de un exterior devoto y compungido con una voz semiatiplada y pegajosa, y que además del eso posee en supremo grado el arte de hacer valer estas prendas naturales, no es ponderable la facilidad con que movia el corazón de las personas caritativas á darle limosna. En poco tiempo le llenaron las alforjas los efectos de su piadosa liberalidad. Amigo Am-  
bro-

broso, le dixe quando volvió á la hermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer los corazones Christianos. Vive Dios que parece has exercitado por muchos años el oficio de demandante. Algo mas he hecho, me respondió él, que proveer decentemente mis alforjas. Sabe que he topado con cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mia en otro tiempo. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican al mundo en público, y hacen una vida muy diferente en particular. Al principio no me conoció, tanto que me ví obligado á decirla: ¿cómo así, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos y vuestro humilde servidor Ambrosio? Por vida mia, señor Lamela, respondió Bárbara, que jamas podia soñar el veros vestido con ese traje. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en hermitaño? Eso es cosa larga, la respondí, y ahora no puedo detenerme á contártela. Mañana á la noche volveré, y satisfaré tu curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿Qué hermano Juan? replicó ella: ¿aquel viejo y buen hermitaño, que vive en una hermita cerca de esta Ciudad? No pienses en eso, respondí. Es verdad que en otro tiempo tuvo muchos años; pero de pocos dias á esta parte ha remozado tanto que no soy yo mas mozo que él. Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso así, que venga contigo. Sin duda que en eso se oculta algun misterio.

No

No dexamos el dia siguiente de ir á casa de aquellas embusteras luego que la noche nos lo permiti6. Ellas nos tenian prevenida una gran cena. Inmediatamente que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas, arrimamos el hábito heremítico, y nos presentamos tales quales éramos. Ellas por su parte, por no parecer menos francas que nosotros, se descubrieron tambien ni mas ni menos como eran, haciéndonos ver todo lo de que son capaces las falsas devotas quando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devocion. Pasamos casi toda la noche en la mesa, y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Volvimos presto á repetir la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con estas ninfas mas de las dos partes de nuestro caudal. Pero cierto zeloso lo ha descubierto todo dando parte á la Justicia, la qual debia hoy venir á la hermita para apoderarse de nuestras personas. Ayer mientras Ambrosio iba continuando su quèsta por la Ciudad, una de las beatas le puso en la mano un billete, diciéndole: una amiga mia me entreg6 esta carta, que iba ahora á buscar á un hombre para enviársela á Vmd. Muéstresela al hermano Juan, y tomen los dos sus medidas en informándose de su contenido. Este es aquel mismo billete que Lamela me entreg6 ayer en vuestra presencia, y el que me oblig6 á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitacion.

## CAPITULO IX.

*Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.*

Quando acab6 Don Rafael de contar su historia, que á todos pareció demasiado larga, Don Alonso le dixo (por cortesía) que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplimiento tom6 la palabra el señor Lamela, y volviéndose á su compañero le dixo: Don Rafael, el sol está ya para ponerse, parecíame razon que deliberásemos sobre el partido que debemos tomar. Dices bien, le respondió Rafael: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continu6 Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el Reyno de Valencia, donde pondremos en movimiento los resortes de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagios, de que daremos golpes magistrales. Don Rafael, que tenia gran fe en sus presentimientos sobre estos asuntos, reputándolos infalibles, accedió luego